

¿Quién es mi prójimo?

Autor: Anónimo

Eran pasadas las tres y media cuando Daniel bajó corriendo por la escalera de su casa. Mejor dicho, no resistió la tentación de deslizarse por la barandilla; así que llegó en un instante. En el portal le esperaba Felipe, con un libro debajo del brazo. Tras un breve saludo, echaron a andar a buen paso.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Capítulo 1.....	3
Capítulo 2.....	8
Capítulo 3.....	14
Capítulo 4.....	18
Capítulo 5.....	24
Capítulo 6.....	29
Capítulo 7.....	35

Capítulo 1

Eran pasadas las tres y media cuando Daniel bajó corriendo por la escalera de su casa. Mejor dicho, no resistió la tentación de deslizarse por la barandilla; así que llegó en un instante. En el portal le esperaba Felipe, con un libro debajo del brazo. Tras un breve saludo, echaron a andar a buen paso.

Al poco rato, como solían hacerlo cada domingo, se encontraron con un grupo de chicos y chicas que bajaban por la calle de Torla. Unos iban tranquilamente, dándose la mano, otros saltaban y hablaban animadamente:

–Pedro, ¿sabes el versículo?

–Le di un repaso, ¿y tú?

–¡A las mil maravillas!

–¡Oye, Ana!

–¿Qué crees que nos van a preguntar?

–¡Qué sé yo! Apuesto a que no te sabes la lección, ¿eh?

La respuesta se perdió entre las risas cristalinas de los chicos. Al poco rato, se pararon frente a una casa de dos pisos, con grandes ventanales, la cual tenía en la fachada blanca el número 227 pintado de azul.

–Vamos –dijo Felipe–, o llegaremos tarde; ¡van a ser las cuatro!

Todos se precipitaron por el portal y diez minutos más tarde se los oía cantar a pleno pulmón:

Gozo la Santa Palabra leer

“

Cosas preciosas allí puedo ver ...

Había empezado la escuela dominical. Los mayores subían al primer piso con el señor Martín, un joven sonriente quien lucía un bigote negro. Los demás se reunían en la planta baja con la señorita Vázquez, ella era un poco severa, pero todos la querían mucho y apreciaban sus dotes de narradora.

Aquella hermosa tarde de abril, ella les estaba contando la historia bíblica del Buen Samaritano (Lucas 10:25-37).

–Vamos a ver, ¿quién ha oído hablar de él?

Media docena de chicos levantaron el dedo.

–Tú, Pedro, cuéntame...

Un chico de unos ocho años, rubio como el trigo, de ojos azules y vivarachos se levantó:

–Pues... Había una vez un hombre que se fue de Jerusalén, que era la capital, a un pueblo de provincia, y... y le atacaron unos bandidos... luego... luego...

Sonaron unas leves risas.

–¡Silencio! Y tú, Pedro, siéntate; debes aprendértela mejor. Ahora escuchad con mucha atención:

Una vez, un intérprete de la Ley –religioso judío de aquel entonces– se levantó de entre la multitud y para probar a Jesús, le dijo:

–Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?

Su pregunta era razonable; este hombre estaba persuadido de que debía hacer muchas cosas para alcanzar la vida eterna.

Entonces, el Señor le preguntó:

–¿Qué está escrito en la Ley de Dios?, o sea: ¿cómo lees en tu Biblia?

Y él respondió correctamente:

–“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo”.

–Bien has respondido –le dijo Jesús–, haz esto, y vivirás...

Pero él, queriendo justificarse, preguntó:

–¿Y quién es mi prójimo?

Jesús respondió:

“Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le despojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto”.

¡Vaya! –pensó Emilio, quien asistía a la escuela dominical por primera vez–, ¡esto se pone interesante! ¿Y qué pasó después?

Casualmente un sacerdote descendía por aquel camino, y viéndole...

–¡Fue corriendo a ayudarlo –exclamó Ana muy precipitada.

–No, hijos; la Biblia dice que pasó de largo.

–¿Y por qué?, señorita.

–Seguramente tenía miedo de que los ladrones estuvieran aún por los alrededores; o tal vez era egoísta y no quería molestarse. Se marchó aprisa. Igual hizo un levita (ayudante del Templo), después del sacerdote. Figuraos la angustia de aquel pobre hombre, medio muerto pero consciente y revolcándose de dolor en el suelo. Su caso era grave; a no ser que alguien viniese pronto a salvarle, moriría de seguro...

Así es el que no conoce a Cristo como su Salvador; está herido por el pecado y no puede hallar el remedio; no puede curarse a sí mismo...

–¿Y qué pasó luego? señorita.

–¿Lo que pasó? Escuchadlo bien:

“Pero un samaritano –alguien profundamente despreciado por los judíos– que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia; y acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino...”.

–¿Por qué aceite y vino? –preguntó Daniel.

–Es lo que tenía a mano; el aceite como bálsamo para suavizar, y el alcohol del vino para desinfectar sus heridas.

Luego “poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón y cuidó de él. Otro día al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamelo; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese...”.

¡Vaya! –siguió pensando Emilio–, no imaginé que la historia terminaría de este modo. ¿O no ha terminado aún?

–Y ahora –prosiguió la señorita Vázquez–, el Señor Jesús preguntó al intérprete de la Ley:

“ ¿Quién, pues, de estos tres (el sacerdote, el levita o el samaritano) te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Él dijo: ¡El que usó de misericordia con él! Entonces Jesús le dijo: Ve, y haz tú lo mismo...

Había llegado el momento de hacer preguntas, porque la maestra deseaba que todos comprendiesen muy bien la enseñanza del Señor. Todas las miradas se clavaron en ella; menos la de Emilio quien temía que le preguntara algo.

–Isabel, ¿puedes decirme quién es tu prójimo?

–Sí, señorita –contestó la niña sin reflexionar demasiado–, es la señora Tomasa.

Una carcajada general siguió a esta respuesta y Elena, la hermana mayor de Isabel, dio un codazo a su hermana diciéndole:

–¡Qué tontería! ¿A quién se le ocurre?

–Bueno, Isabel no ha contestado tan mal como os parece –observó la señorita Vázquez–. En cierto modo, su respuesta es exacta, porque solemos llamar así a nuestros vecinos, a los que viven cerca de nosotros. Pero la Palabra de Dios nos enseña que cualquier persona puede ser nuestro prójimo. ¿Recordáis que, cuando el Señor Jesús terminó su parábola, preguntó algo al intérprete de la Ley?

–¡Sí!

–Pues bien, ¿qué era?

Todos los chicos levantaron el dedo; hasta Emilio, quien se dejaba ganar por el interés general.

–Tú, Antonia.

–Le preguntó: “¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?”.

–¡Muy bien!, Isabel, puedes decirme ahora ¿quién es tu prójimo?

Volvieron a levantarse los dedos.

–¡Lo sé! –exclamó Elena.

–¡Yo, yo, señorita!

–¡Yo también! –gritaron cuatro o cinco voces al mismo tiempo.

–No, chicos; quiero que Isabel misma me dé una buena respuesta.

La niña, de pie, se puso algo colorada, y dijo:

–Es alguien que... que nos ayuda cuando estamos en apuros.

–¡Lo ves! Ya sabía que darías una buena respuesta en cuanto lo hubieras pensado un poco.

La señorita Vázquez explicó a los niños que no solo nuestros vecinos, sino todos los hombres son nuestros prójimos, sea cual sea su lengua o raza. Todos necesitamos ayuda y comprensión; mayormente si estamos pasando por pruebas y dificultades. Y es nuestro privilegio ayudar a los demás, haciendo bien en todo tiempo.

Los niños escuchaban atentamente, y cuando la maestra les hacía preguntas, se alegraban de poder responder correctamente. En el grupo, había una niña que se distinguía por sus respuestas claras y exactas: era Elena, la hermana mayor de Isabel. Esta, en cambio, raras veces contestaba y, si la interrogaban, se ponía nerviosa y no respondía bien.

–¡Qué diferentes son estas dos hermanas! –pensaba la señorita Vázquez. Elena solo tiene unos dos años más que su hermana y, sin embargo, es mucho más inteligente. ¡Cuánto me gustaría que todos los niños fuesen como ella!

Pero Dios considera las cosas de modo muy distinto al nuestro; Sus pensamientos no son nuestros pensamientos. Nosotros solemos juzgar según la apariencia, de aquello que vemos u oímos; pero Dios se fija en el corazón, en los pensamientos más escondidos. A menudo, nos engañamos en nuestras apreciaciones sobre los demás; pero Dios nunca se engaña.

Capítulo 2

Después de despedirse de Ana y de Antonia, que eran amigas suyas, Elena e Isabel volvieron a su casa por el acostumbrado camino. Al doblar la esquina de la calle Esparteros, se encontraron con una niña bastante asustada, quien las miraba con sus ojos tristes. A juzgar por su vestido descolorido y remendado, debía ser muy pobre; además, llevaba unas alpargatas por donde asomaba el dedo gordo de cada pie. Con todo, tenía un aspecto limpio, y llevaba el pelo recogido en cola de caballo. Por más que lo quería disimular, unas lágrimas corrían a lo largo de sus mejillas.

Miraba ansiosamente a su alrededor, como si no supiera dónde se encontraba. Al dar ella unos pasos, las dos hermanas se dieron cuenta de que la pobre estaba minusválida.

–Chica, ¿qué te pasa? –le preguntó Isabel. Tardó unos segundos en contestar, como si tuviese vergüenza en descubrir su desgracia.

–Es que... me he perdido y no puedo encontrar la casa.

Y entre sollozos añadió:

–Además, estoy muy cansada y la pierna me duele mucho.

Entonces, las dos hermanas se dieron cuenta de que la pobre niña tenía realmente la pierna derecha algo más corta y más delgada que la otra.

–¿Y dónde vives? –le preguntó Elena.

–En el callejón del Molino, al final de la calle Valdés.

–¿La calle Valdés? –repitió Elena– ¡pues sí que está lejos! Tienes que bajar toda esta calle hasta esa gran farola que ves al fondo y luego torcer a mano izquierda. Después, preguntarás a alguien por la calle Valdés. Si te fijas bien, la encontrarás fácilmente. Y la próxima vez, mira por dónde andas; así no volverás a perderte, llorando y portándote como una chiquilla.

Dos o tres lágrimas, que intentaba retener en vano, corrieron por las mejillas de la niña. ¿Acaso era el largo camino que aún tenía que recorrer, o los modales bruscos de Elena lo que la puso tan triste? La niña no contestó; tenía un aire tan desamparado, tan sumamente desgraciado, que Isabel tuvo compasión de ella.

–Escucha, yo te acompañaré, ¿quieres? Pero no llores más; te enseñaré el sitio donde debes doblar a la izquierda para encontrar el buen camino, y así pronto estarás en casa.

–¡Qué tontería! –exclamó Elena–, ¿por qué tantas contemplaciones con esa mocosa? Además, ¡llegarás tarde a casa y mamá te reñirá!

Pero Isabel quiso ayudar a la pequeña y contestó:

–No tardaré mucho; me daré prisa y mamá no se enfadará. Explícale mi retraso, y si eres tan amable, vente con nosotras hasta la esquina.

–¿Qué te crees tú? –contestó Elena volviendo la cabeza–. A mí no me gusta dar rodeos inútiles; deja que esa muchacha encuentre su camino sin ti.

Pero Isabel persistió en su propósito y las dos hermanas se separaron; la mayor dirigiéndose a casa y la otra acompañando a la niña lisiada. Esta se mostraba muy agradecida por el interés que Isabel tomara por ella. Le contó que hacía pocos meses había venido del campo con sus padres; por este motivo, los ruidos de la capital la asustaban y tenía miedo de salir sola, por si acaso se perdiera. Esta tarde, tomó una calle en sentido contrario y no volvió a encontrar su camino.

–Y como soy coja –añadió–, no me gusta detenerme, porque los chicos vienen detrás de mí cantando: «Yo soy la coja del Conde Laurel...» y otras cosas por el estilo, ¿qué te parece?

Sin querer, volvió a sollozar y dijo, como para excusarse:

Esos chicos son muy malos, ¿sabes?

–Sí –observó Isabel–. Pero dime, ¿siempre has estado... lisiada?

–No, no siempre. Cuando era pequeña, tuve un ataque de polio. Mis padres pensaron que nunca podría andar, que me quedaría parálitica del todo. Pero me cuidaron mucho y mejoré bastante. Ahora, a pesar de que camino, en seguida me canso, y a menudo me duele la columna vertebral. Pero, ya ves, aunque me cuesta trabajo, ando como puedo.

–Debe ser terrible –suspiró Isabel.

–No, eso no es tan grave –respondió la chica, consolada por el tono afectuoso de su acompañante–. Y no me importaría si pudiera trabajar como los demás; pero mi madre me dice que ni siquiera podré ser una criada.

–Pero, ¡tú podrías ser modista! –le sugirió Isabel–; mi madre es modista y yo también quiero serlo cuando sea mayor. ¿Sabe tu madre hacer vestidos?

–Me parece que no –dijo la niña, después de pensarlo un rato–; trabaja muchísimo; se va muy temprano a lavar y limpiar, y cuando regresa por la noche siempre está muy cansada. Si ella no trabajara, no tendríamos nada que comer.

–¿No tienes padre?

–¡Sí lo tengo!, pero está muy enfermo y no puede trabajar. Tuvo un accidente al poco tiempo de llegar acá. Antes estábamos mucho mejor.

Parecía como si la pobre niña, sin amigas con quien desahogarse, necesitaba una confidente:

–Antes teníamos una casa con jardín y un huerto; ahora no tenemos más que dos habitaciones pequeñas y oscuras.

–¿Y tienes hermanos? –inquirió Isabel.

–Tengo dos hermanas, más pequeñas que yo, y debo cuidarlas cuando mamá no está en casa.

–¿Y no las cuidas ahora?

–No, hoy como es domingo, mamá me dio permiso para dar un paseo porque tenía mucho dolor de cabeza.

–Dime, ¿no vas a la escuela dominical?

–¿A la qué...?

–A la escuela dominical.

–Oye, y eso ¿qué es? ¿No basta ir a la escuela toda la semana? Ciertos días no puedo ir, ¿sabes? Además, muchas chicas se mofan de mí. Sobre todo la Mari, una grandullona que llaman «la gata», ¿no la conoces?

–No. –Isabel lo sentía, no la conocía; esa «gata» viviría en otro barrio. En cambio, habló a la pequeña lisiada de la escuela dominical, de la señorita Vázquez, de lo que allí aprendían en la Palabra de Dios, de los hermosos himnos que cantaban y de las estupendas amigas que tenían. Interesada, la niña miró a Isabel de soslayo y suspiró:

–¡Ay! Pero eso será para la gente «ricachona», ¿no?

–En absoluto. Allí todo el mundo es bienvenido, ya verás. Oye, ¿y dónde va tu madre los domingos? –siguió preguntando Isabel, quien se imaginaba probablemente tener derecho a saberlo.

–No va a ninguna parte; se queda en casa. Algunas veces cose la ropa, limpia las habitaciones, y cuando tenemos suficiente dinero, nos guisa un poco de carne para comer... ¡Hum! es muy rica la carne, claro que no la hay todos los domingos.

–¿No leen ustedes la Biblia, sobre todo el domingo, que es el día del Señor? –preguntó Isabel muy extrañada.

–¡Ay! eso será para los ricos, para los que nada tienen que hacer los domingos; pero nosotros... somos pobres –respondió la niña.

–¡Eso no es verdad! Nosotros no somos ricos y leemos la Palabra del Señor cada día. ¿Y por qué ustedes no pueden hacer lo mismo? ¿Es que los pobres no tienen alma?

–Creo que sí –contestó la niña, y con su tono demostraba que nunca había pensado seriamente en esto.

–¡Desde luego que sí! –continuó Isabel–, los pobres también tienen alma; almas inmortales y de gran precio. Nuestra maestra nos dice que el alma es la cosa más valiosa que poseemos, y que debemos cuidar de ella más que de nuestros cuerpos.

–¡Bah! nadie hace eso– observó la pequeña–. «Primero comer y después vestir», dice mi padre, «luego, ¡ya veremos!».

–¡Mentira! –aseguró Isabel de modo enérgico–. Hay muchas personas que se ocupan de su alma y el que no lo hace, comete un gran error. ¿Cómo podréis ir al cielo sin leer la Biblia, y sin conocer a Cristo quien es el único camino?

–Bueno, tenemos un «santo» muy bonito colgado de la pared, y...

–Chica, nuestra maestra dice que Cristo murió para salvar a los pecadores. Así está escrito en la Biblia. Dime, ¿amas tú al Señor Jesús?

–Bueno... sí; lo que pasa es que no lo conozco mucho.

–Entonces ¿por qué no vienes a la escuela dominical? Allí podrás escuchar las historias más hermosas acerca de Jesús. ¿Sabes la de la oveja perdida?

–No...

–¿Y la del Buen Samaritano?

–Tampoco.

—¿No leíste cómo Jesús devolvió la vista a los ciegos, curó el oído de los sordos y sanó a muchos parálíticos? ¿Conoces la historia de ese pobre hombre que estaba junto al estanque de Betesda?

La chica confesó que no conocía ninguna de esas maravillosas historias. Pero al oír que Cristo sanó a cojos y parálíticos, exclamó:

—¡Cuánto me gustaría que me curase!

—Si hubieras vivido en aquel tiempo, de seguro que lo habría hecho. Y lo puede hacer ahora, si Él lo juzga bueno. Sin embargo, nuestra maestra dice que Jesús hizo aún más por nosotros: sufrió muchísimo y murió en una cruz. Si confiamos plenamente en él, él cuidará de nosotros en todo tiempo, y será nuestro mejor Amigo.

Tres palabras, especialmente, tocaron el ánimo de la pobre lisiada: «sufrió muchísimo» y «Amigo». ¡Si tuviera ella un amigo o una amiga así!

—Dime, ¿no te gustaría ir a la escuela dominical?

—Claro que sí; me gustaría muchísimo, pero...

—Pero, ¿qué?

En ese instante tuvieron que parar y esperar la luz verde del semáforo para cruzar la calle.

—Verás, no tengo más que este vestido, y como soy coja, los demás chicos se burlarán de mí. ¡Estoy segura!

—¡Qué va! —dijo Isabel—, te aseguro que nadie se reirá de ti; los conozco a todos y son chicos muy buenos. Y si tu vestido está limpio, ¡no importa si es algo viejo! Si quieres, vendré el próximo domingo a buscarte.

—¿De veras? ¿Y no es muy lejos?

—¡De ningún modo! Tomaremos un camino más corto.

—Bueno, muchas gracias. Pediré permiso a mi madre y si ella me deja, iré con mucho gusto.

Las dos niñas se habían lanzado en una conversación tan animada que el camino se les hizo corto; ya estaban en la parte alta de la

—¡Mira, casi hemos llegado! —exclamó la niña—. Te agradezco mucho haberme acompañado hasta aquí. Me llamo Laura, Laura Villanueva. ¿Y tú?

—¿Yo? Isabel Robles.

—Mira, allí abajo veo a mi mamá; seguramente está buscándome; debe de estar inquieta. ¿Quieres venir a saludarla, Isabel?

—¡Tengo que irme corriendo a casa! Será para otro día. ¡Adiós, Laura! ¡Hasta el domingo que viene!

E Isabel desapareció entre los transeúntes.

Era una chica buena y modesta, no buscaba que le agradecieran los favores; por eso se separó bruscamente de Laura. Si esta hubiese estado ese día en la escuela dominical con la señorita Vázquez y le hubiera preguntado: «Laura, ¿quién es tu prójimo?» ¿qué piensas que habría contestado?

Capítulo 3

Cuando llegó a casa, Elena tuvo la grata sorpresa de encontrar a su abuelo Pedro. Este vivía a unas tres horas de viaje en tren y había venido a pasar unos días con su hija, la señora de Robles, quien era viuda. Elena lo abrazó cariñosamente. Después de saludarse, la madre preguntó a Elena dónde se había quedado Isabel.

—Vendrá en seguida, mamá. Fue a acompañar a una pobre chica que encontramos extraviada en la calle. Estoy segura de que habría encontrado sola el camino de vuelta a su casa; pero Isabel es tan ingenua y piensa que debe satisfacer los ruegos de cualquiera.

—¿Y no crees que, al contrario, Isabel ha sido muy amable por acompañarla? —le preguntó su abuelo, algo disgustado por la expresión de Elena.

—Sí, claro —respondió Elena con desenfado—. Pero aquella niña tenía un aspecto tan miserable que no hubiera querido caminar a su lado. A Isabel no le importa en absoluto; puede hacerse amiga de las personas más vulgares.

—¡Elena, hablas demasiado. Quítate el abrigo y pon la mesa para la merienda!

Elena salió para hacer lo que su mamá le había dicho.

—¿Verdad que está muy alta para su edad? —observó la señora de Robles cuando su hija hubo salido de la habitación.

—Sí, está muy alta —respondió el abuelo—; pero me parece que tiene demasiada buena opinión de sí misma, y eso no está bien.

—Es verdad —confesó la madre—, ya empiezan a gustarle los trapitos; pero es una niña dotada y muy inteligente. Estudiar no le cuesta el menor trabajo, capta las cosas al vuelo; antes que Isabel empiece a darse cuenta de lo que acaba de oír, Elena ya está dándole la explicación.

—Muy bien, no obstante, es precisamente esa facilidad la que le hace sentirse orgullosa, y la inteligencia no es lo más esencial para una persona —observó el anciano.

–En efecto, Isabel es menos despierta que Elena; sin embargo, es muy buena y amable; siempre está dispuesta para ayudar a quien la necesite. ¡Es una lástima que le cueste tanto trabajo estudiar!

Después de estas palabras, la señora de Robles pasó a la cocina a buscar el café y Elena volvió a sentarse al lado de su abuelo. Este le hizo varias preguntas sobre lo que había oído en la escuela dominical y sus respuestas revelaron que había escuchado con mucha atención. No solo repitió la parábola, sino que añadió también las explicaciones que había retenido, haciéndolo tan bien que su abuelo no pudo menos que alegrarse de la buena memoria y del espíritu reflexivo de su nieta.

–¿Y no te gustaría hacer como el Buen Samaritano?

A Elena no le agradó la pregunta, porque su conciencia le mostró que no se preocupaba mucho por los demás; al considerar las cosas de más cerca, se parecía más bien al levita o al sacerdote, quienes pasaron de largo sin preocuparse por ese pobre hombre medio muerto. Sin embargo, en vez de escuchar la voz de su conciencia, contestó rápidamente:

–No creo que pueda hacer muchas cosas, abuelo; si fuese mayor y más rica, entonces sí que podría ser útil.

–Pero una niña puede, muy bien, ayudar a los demás niños –replicó el abuelo Pedro–; puede servir de ejemplo a sus compañeros o hacer un favor a un niño menesteroso. Supongo que sabrás este versículo:

El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel

“ (Lucas 16:10).

Lo que eres ahora, lo serás más tarde cuando seas mayor, y por eso es necesario que pidas al Señor que no solo te ayude a escuchar su Palabra con atención, a fin de comprenderla, sino también a ponerla en práctica. ¿Recuerdas lo que nos dice el apóstol Santiago: “No siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra” (cap. 1:25)?

Me alegro mucho de que sepas tantas cosas; sin embargo, estaría más contento aún si pusieras en práctica lo que aprendes tan bien en la escuela dominical.

Elena sintió un gran alivio cuando su hermana entró en la habitación. Isabel tenía mucho calor porque había regresado corriendo. Abuelo Pedro la tomó en sus brazos y le dijo bondadosamente:

–¿Qué es lo que me han contado? ¿Has ido a acompañar a una niña desconocida en vez de venir directamente a casa para abrazarme?

Isabel se sonrojó; pero en seguida le respondió con una clara sonrisa:

–¿Y cómo podía yo adivinar que tú estabas aquí, abuelo? Además, aquella niña estaba tan angustiada que no podía hacer otra cosa sino acompañarla. Nunca hubiera encontrado el camino sola. Te aseguro que no podía hacer menos por ella...

–Has hecho muy bien –interrumpió abuelo Pedro–; debemos prestar favores según esté a nuestro alcance hacerlo, tanto en lo mucho como en lo poco. Dime, ¿es verdad que esa niña parecía ser muy pobre?

–Bastante –dijo Isabel–, llevaba un vestido viejo y descolorido, y unas alpargatas rotas en la punta; pero ella misma estaba limpia. Me contó que, antes, habían estado mejor.

Y acto seguido, Isabel contó al abuelo Pedro todo lo que sabía acerca de Laura y de sus padres.

–Incluso me prometió venir con nosotras a la escuela dominical el próximo domingo –añadió Isabel con una sonrisa luminosa.

–¿Con nosotras? –murmuró Elena de modo tan suave que nadie la oyó–. Yo no iré con una chica que lleve un vestido tan horrible. Amelia y Sofía a lo mejor creerán que se trata de alguna pariente nuestra. ¡Pasaría vergüenza delante de todos!

–Oye, Isabel –dijo el abuelo–; Elena me contó la parábola que os enseñaron esta mañana en la escuela dominical, ¿la comprendiste bien?

–Sí, la señorita Vázquez nos la explicó de tal modo que no me quedó la menor duda. Además, me gustó mucho –respondió alegremente la niña.

–¿Ya has pensado que tú podrías ser el prójimo de aquella pobre niña?

En ese momento, entró la madre trayendo consigo la merienda e invitando a todos a tomar asiento en la mesa. Isabel no pudo contestar a su abuelo; pero una feliz sonrisa iluminó su cara, así que el anciano llegó a la conclusión de que su pregunta había recibido una acertada respuesta.

Capítulo 4

Al día siguiente, llovió durante toda la mañana y parte de la tarde. Entre dos chaparrones, los chicos se divertían saltando los charcos de agua o tirando piedras en el barro. Otros arrancaban hojas de sus cuadernos, hacían barcos de papel y hasta organizaban grandes batallas navales. Las chicas se quedaron debajo del cobertizo, saltando a la comba o platicando en grupos de tres o cuatro.

A pesar del cielo gris, Isabel estaba alegre. Durante toda la semana estuvo pensando en su nueva amiga, preguntándose si acudiría a la escuela dominical. Finalmente, cuando llegó la mañana del domingo, se arregló más temprano que de costumbre, pues debía hacer un gran recorrido para llegar hasta el pasaje del Molino donde vivía Laura. Elena no fue con su hermana, no quería andar al lado de una niña pobre. ¿Qué hubiera pensado su amiga Sofía? ¿o Amelia que era una chismosa?

Isabel se dirigió rápidamente hacia la calle de Valdés y no tardó en llegar al pasaje del Molino. Las casas eran altas y oscuras, el suelo estaba lleno de papeles y objetos sucios. Isabel dio un suspiro de alivio pensando que no tenía que vivir en este barrio. Llamó a la puerta número 3 y le abrieron inmediatamente. Laura la esperaba, ya que la había visto llegar. Estaba preparada para salir; llevaba el mismo vestido de percal, pero sus alpargatas estaban arregladas. Había doblado y echado sobre su espalda un viejo chal de su madre, el cual era demasiado grande para ella.

Las dos niñas se miraron alegremente.

—¿Así que vienes conmigo? —le preguntó Isabel—. ¡Cuánto me alegro!

Luego salió la madre de Laura para agradecer a Isabel el haber invitado a su hija y haberla ayudado el domingo pasado. Era una mujer simpática, aunque sus ojos expresaban tristeza y preocupación. Dos niñas, más pequeñas que Laura y muy pobremente vestidas, se escondían detrás de la madre, asomándose de vez en cuando y mirando con curiosidad a Isabel.

Isabel no se entretuvo mucho tiempo en charlar, porque no quería llegar tarde a la escuela dominical; pero como Laura cojeaba, no pudieron darse suficiente prisa, de modo que cuando llegaron a su destino, ya había empezado la clase. Como en aquel momento Isabel no pudo presentar

la nueva alumna a la señorita Vázquez, hizo sentar a Laura a su lado. La pobre se ruborizó viendo todas las miradas fijas en ella; unas expresaban amabilidad mientras que otras reflejaban mera curiosidad.

Por lo general, nadie se atrevía a hablar cuando entonaban un himno; pero Sofía, la amiga de Elena, no pudo resistir la tentación de preguntarle si la niña que acompañaba a Isabel era una parienta suya. Elena hizo una señal negativa y se puso más tiesa, indignada al ver que alguien podía suponer semejante cosa. Olvidaba que la pobreza no es ninguna deshonra.

—Qué estúpida es Isabel haber traído a esa chica —dijo para sus adentros—. ¿Por qué no llegaron a tiempo para que la maestra la hubiera puesto en otro sitio? Supongo que cuando empiece la lectura la llevarán con los más pequeños. Me daría muchísima vergüenza si ella se quedara en nuestro grupo.

Mientras tanto, las chicas entonaban la última estrofa del himno:

“ Al recordar mi vida
De olvido de Jesús,
No sé por qué quisiera
Morir por mí en la cruz...

Cuando terminó el canto, la señorita Vázquez preguntó:

—Isabel, ¿por qué llegaste tarde?

—Verá usted, señorita, fui a buscar a esta niña que tenía mucho interés en venir y como... como no anda muy aprisa, llegamos tarde.

—Bueno, ¿y cómo te llamas? —preguntó la maestra a la pequeña visitante.

Ella hizo un esfuerzo para ponerse de pie y contestó con voz clara:

Laura Villanueva; para servir a Dios y a usted, señorita.

—Muy bien, Laura; todos te damos la bienvenida. Espero que estés feliz aquí y que puedas aprender muchas cosas del Señor para luego servirle de veras. Te sentarás allí, al lado de Isabel.

–Hoy vamos a leer otra parábola en el evangelio según Lucas, capítulo 15; ¿habéis encontrado la página? Escuchad:

“Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde; y les repartió los bienes...”.

Emilio que venía por segunda vez no quería perderse ni una sola palabra. En cambio Ana, quien conocía el relato bíblico, miraba de soslayo a la nueva compañera de Isabel pensando: ¿Adónde habrá encontrado a esa chiquilla?

“No muchos días después, juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdició sus bienes –o sea todo su dinero– viviendo perdidamente”.

Y cuando todo lo hubo gastado, ¿qué creéis que sucedió?

Una docena de dedos se levantó.

–Tú, Sofía.

–Pues... que lo pasó muy mal.

–Sí, la Escritura dice que “comenzó a faltarle”, o sea, que empezó a tener hambre. Mientras llevaba dinero, tenía muchos amigos; pero luego, todos lo abandonaron.

¡Vaya! –pensó Laura–, eso fue lo que nos sucedió.

La señorita Vázquez siguió contando la historia del hijo pródigo:

–Después de mucho buscar, consiguió un empleo como porquero; pero seguía padeciendo hambre, pues no le daban alimento y tampoco ganaba dinero suficiente para comprarlo él mismo.

–¡Eso sí que es horrible! –murmuró Daniel, a quien habían castigado varias veces mandándolo a la cama sin cenar.

“Y volviendo en sí, (arrepintiéndose) dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo...”.

Aunque Laura no sabía leer muy bien, escuchó con atención y pudo aprender, como los demás, el versículo de Oseas 6:1 que debían memorizar: “Venid y volvamos al Señor”. Incluso aprendió el texto de la lección anterior.

Es verdad que Laura no sabía gran cosa de la Biblia; pero su pálido rostro se iluminaba oyendo el relato, y se alegró sobremanera escuchando la escena del perdón: “Cuando aún estaba lejos (el hijo), lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó”.

Laura no estaba acostumbrada a oír relatos así; sus padres nunca le habían hablado de Jesús; porque para poder hablar de alguien, hace falta conocerle. Tampoco cantaban esos hermosos coros.

En realidad, no era muy feliz en su casa. Si bien sus padres eran buenos con ella, estaban tan agobiados por las preocupaciones que sus pensamientos no iban más allá de sus problemas y de las necesidades de la vida cotidiana. Más de una vez, las niñas se habían acostado sin cenar, otras veces solo habían comido patatas hervidas y pan seco.

Cuando aún vivían en el campo, en el pueblo de Valseco, su padre pasaba la mayor parte del tiempo en la taberna. Al principio, solo iba allí después de la comida para jugar al «mus» con sus amigos; luego se dejó arrastrar por malas compañías y bebió cada vez más. De vez en cuando, Juan Villanueva se proponía cambiar de vida y no aparecía por la taberna durante dos o tres días, pero esas resoluciones tomadas contando con sus propias fuerzas no duraban mucho tiempo. Al comprender que este género de vida no podía seguir así, don Juan decidió irse a vivir con su familia a la ciudad. Su esposa se alegró mucho, esperando que al dejar a sus amigos, dejaría también su mala vida.

En efecto, una vez en la capital, Juan Villanueva empezó a cumplir con su obligación de padre y esposo. Desde luego, no era mucho lo que ganaba, pero por lo menos, no pasaba hambre, ni él ni su familia. Así iban las cosas, cuando de repente una desgracia cayó sobre la familia. Una mañana de octubre particularmente lluviosa, don Juan resbaló en un andamio donde trabajaba y cayó desde el tercer piso. Gravemente herido, fue llevado al Hospital Provincial donde estuvo cerca de dos semanas debatiéndose entre la vida y la muerte, hasta que por fin mejoró y pudo volver a casa. Estaba tan débil que no pudo reanudar su trabajo. En vez de mejorar, el pobre hombre empezó a decaer de día en día, hasta el punto que ya no pudo salir de su habitación. De haber podido respirar el aire puro del campo –al cual estaba acostumbrado desde su infancia– y de haber tenido una alimentación adecuada, seguramente se hubiera mejorado; sin embargo, su pobreza

le mantenía clavado en esa casa sombría y malsana. En Valseco, ya no tenían familia; además habían vendido todos sus bienes para saldar las deudas. El poco dinero que les quedaba pronto desapareció, pagando servicios, médicos y medicinas.

Por suerte, la madre de Laura encontró trabajo en el barrio; como era muy activa, pronto estuvo ocupada toda la semana limpiando pisos y lavando ropa. Pero, aún así, sus ganancias no eran suficientes para mantener a toda la familia y pagar las medicinas de su esposo. Por eso, no era de extrañar que Laura llevase vestidos viejos y alpargatas rotas.

A la salida de la clase, Isabel acompañó a su amiga durante una parte del camino y Laura observó atentamente por donde iban, a fin de poder venir sola el siguiente domingo. La niña volvió a casa con una sonrisa en los labios. Estaba feliz de haber recibido ese trato afectuoso de Isabel; además, el local claro y alegre de la casa, la voz amable de la maestra y la simpatía de los chicos contrastaba con el callejón oscuro, el piso maloliente y la voz irritada de su padre, a quien la enfermedad y el angustiado porvenir habían vuelto agriado y malhumorado. El pensar que no podía hacer nada para su esposa e hijas y que su estado empeoraba le amargaba cada vez más. Aún no había aprendido a considerar esa prueba como algo que era permitido por Dios para tocar su corazón, y murmuraba contra su destino. ¿Por qué le ocurrían estas cosas a él y no a los demás? Ahora que había cambiado de vida, parecía como si la mala suerte le perseguía.

Cuando llegó a casa, Laura contó a su madre y a sus hermanas lo que había visto y, sobre todo, lo que había oído.

—Mamá, hasta he aprendido dos versículos. ¡Son tan fáciles y hermosos! Mira, uno es:

Venid y volvamos al Señor...

“

y el otro... ¡ah, sí!

La bendición de Dios es la que enriquece.

“

—¿Verdad que son bonitos?

La señora de Villanueva estuvo pensativa por unos momentos y después de suspirar profundamente contestó:

–¡Muy bonitos! Laura; son muy bonitos.

La pequeña no se dio cuenta del efecto que aquellas palabras produjeron en su madre. Esta suspiró de ese modo al recordar los días, ya muy lejanos, en que ella también iba a la escuela dominical y ganaba premios por saberse de memoria muchos pasajes. Pero luego, transcurrido el tiempo, se fue a vivir a otro sitio donde no había reuniones cristianas. Al principio, aún leía el precioso Nuevo Testamento que le habían regalado; sin embargo, se dejó atraer por el mundo y las costumbres de la gente que no conoce al Dios vivo y verdadero. Pasaron los años, y ahora que atravesaba duras pruebas y aflicciones, desconocía al Único que podía consolarla y ayudarla eficazmente.

Capítulo 5

—¡Isabel, mira lo que te he comprado!

La niña acudió presurosa y recibió agradecida el regalo de su madre. Era un Nuevo Testamento pequeño con Salmos, encuadernado en piel negra, de canto dorado.

—¿Te gusta?

—¡Oh, muchísimo! ¡Hace tiempo que deseaba tener uno así! ¡Muchas gracias!

E Isabel dio dos sonoros besos en las mejillas de su madre. Después de hojear el libro, la niña pensó: ¿A quién daré el Nuevo Testamento que he usado hasta hoy? Ese era de tela azul, con láminas de colores, y se hallaba en buen estado todavía. En seguida le vino a la mente que podría regalarlo a su nueva amiga.

Como no tenía clase el jueves por la tarde, pidió permiso a su madre para ir a casa de Laura. La señora de Robles aceptó gustosa y, además, llenó el bolsillo de su hija con higos secos y galletas. Alegre de poder llevar estas cosas a Laura y sus hermanas, Isabel se encaminó con paso ligero hacia el pasaje del Molino. El camino le pareció ahora mucho más corto. Cuando llegó, encontró a sus amigas solas; la madre estaba trabajando, como de costumbre, y el padre había ido a buscar sus medicinas al hospital.

Laura estaba sentada en una silla de paja, medio rota, mientras que Regina y Sara, sus hermanitas, con la cara y las manos sucias, tiradas en el suelo, jugaban con unos muñecos de trapo llenos de polvo y manchas de barro. Laura advirtió en seguida que Isabel, con su vestido tan limpio, no podría hallarse a gusto en semejante casa. Por eso procuró excusarse diciendo:

—Mi madre se fue hoy muy temprano y no tuvo tiempo de arreglar la casa; además, esta noche llegará muy cansada y sin fuerzas para nada.

A pesar de los argumentos de Laura, Isabel pensó que la señora de Villanueva podría tener su hogar mejor cuidado y, con la franqueza que caracteriza a los niños cuando hablan entre sí, dijo:

—Dime Laura, ¿no podrías ayudar a tu madre poniendo en orden este cuarto?

—Es que... no sé; y si lo hago mal...

–Pero, ¿has probado?

–No...

–Estoy segura de que podrás –dijo Isabel–, yo lo hago en casa; y no es difícil, fijándose un poco. Sé limpiar, planchar, sacar las cenizas del carbón de la cocina... ¡Ah! y hago mi cama tan bien como lo hace mamá. Bueno, casi tan bien. ¿Por qué no lo pruebas? Con el tiempo lo harás bien, ya verás.

–Bueno, tu casa está mejor arreglada que la nuestra –objetó Laura echando una mirada disgustada alrededor de sí.

–Es verdad, pero no creas que se limpia sola. Mamá dice que siempre se puede hacer una habitación agradable, si uno se lo propone. Si estuviera en tu lugar, ya sé lo que haría, Laura.

Así, poco a poco, le fue mostrando lo que se podía hacer. Isabel era una mujercita de casa, muy experta y activa para su edad; la madre repetía a menudo que no podría arreglárselas sin su ayuda. Ahora mismo le hubiera gustado meter mano a la obra, limpiar la cocina, la mesa, el piso y quitar el polvo a la cómoda; sin embargo, temió que a la señora le disgustara que una niña desconocida se metiera en sus asuntos. Por este motivo, renunció; pero animó mucho a Laura a que ella misma lo hiciera. ¿Por qué no ayudar a su pobre madre que estaba agobiada con tanto trabajo?

No obstante, había otras cosas más importantes para las que había venido Isabel. Quería hablar con Laura de lo que habían escuchado en la escuela dominical, regalarle su Nuevo Testamento de tela azul y repartir a Regina y Sara los higos secos y las galletas. Así pasó alegremente una hora. Por último, Isabel leyó las estrofas del coro que debían aprender para el domingo siguiente, después cantó la melodía que Laura acompañó en voz baja pero clara:

“ Quiere Jesús que yo brille
Mientras que viva acá,
Y que le complazca siempre
En clase, juego, hogar.

“ ¡Brillando, brillando!
Jesús quiere que yo brille;
¡Brillando, brillando!
Yo brillaré para él.

Cantaban las últimas palabras cuando entró Juan Villanueva. No miró siquiera a las niñas y se metió en su habitación. Parecía agotado. Temiendo que su presencia resultase desagradable para ese hombre enfermo, Isabel se despidió rápidamente.

No tardó en volver a casa, su madre escuchó con gran interés todo lo que Isabel le contó de su visita. Luego le dijo:

–Invita a Laura a comer con nosotros mañana. Veremos si tu vestido azul le va bien; has crecido tanto que ya no te sirve y como está casi nuevo, le vendrá muy bien a Laura para los domingos, pues ella es más pequeña que tú.

¡Qué contenta se puso Isabel al pensar que Laura ya no tendría que llevar aquel vestido descolorido y remendado! Y, al día siguiente por la tarde, ¡qué alegría sentía Laura al comprobar que el vestido le quedaba estupendo! Además, la señora de Robles le regaló un abrigo de Elena y un par de zapatos. Laura no cabía en sí de contenta; ¡cómo le brillaban los ojos cuando, en su casa, desenvolvía sus tesoros! En esos momentos, se sentía la niña más feliz del mundo.

Elena no se interesaba para nada en Laura, ¡como si ella tuviera la culpa de ser pobre y vivir en una casa mísera! Se avergonzaba de la presencia de Laura en su casa y sus visitas le resultaban insoportables; en cambio, para Laura, eran un inmenso gozo. El salón tan agradable, cuyas ventanas se abrían a un hermoso jardín, y sobre todo el cariño con que la trataban Isabel y su madre hicieron desaparecer poco a poco de su cara esa expresión de tristeza y cansancio, y la ayudaron a soportar mejor su penosa vida. Le parecía como si un rayo de luz hubiese disipado esos densos nubarrones.

Ahora, Laura se tomaba el tiempo necesario para tener las pequeñas habitaciones de su casa limpias y en orden. Al principio, esto le había fatigado bastante; sin embargo, se fue acostumbrando, y ella misma se extrañó del cambio.

Hacía algún tiempo que Isabel no había vuelto a casa de su amiga. El domingo anterior, Laura tampoco había ido a la clase de la señorita Vázquez. ¿Qué pasaría con Laura?

Aquel jueves por la tarde, cuando las niñas no tenían escuela, se presentó Antonia en casa de los Robles, e Isabel se alegró mucho. Elena había salido con sus amigas y las dos niñas lo pasaron muy bien en casa. La señora de Robles les regaló un gran trozo de tela de muselina, para que hicieran un vestido a sus muñecas.

—Oye, Isabel, ¿cómo lo vamos a cortar?

—¡Espera, Antonia! que tengo una idea.

—¿Cuál?

—Mira, si me quisieras dejar un trozo, te daría otro de seda azul...

—¿Por qué?

Isabel recordó que la ventana del cuarto exterior de Laura carecía de cortinas y se imaginaba lo agradable que sería hacer unas para que tapasen la vista de la casa de enfrente, tan fea. Antonia, siempre generosa, aprobó el proyecto, y ambas expusieron su idea a la mamá de Isabel.

—Me parece muy bien; yo misma os ayudaré a cortarla y a coserla.

Poco tiempo después, las cortinas eran cuidadosamente envueltas en un hermoso papel y las dos amigas se encaminaron hacia el pasaje del Molino.

¡Qué sorpresa más agradable se llevaron al entrar en la casa! Los bancos, la mesa, el piso relucían de limpios y en algunos sitios habían puesto papeles de colores para disimular las grietas en la pared. Incluso colgaban unos cuadros de fabricación casera, hechos con una lámina pegada sobre un cartón; alegraban un poco la habitación. Uno representaba la escena bíblica de Rebeca dando de beber a Eliezer y a sus camellos; los otros exhibían paisajes suizos, con lagos y montañas nevadas. Habían sido hechos por el padre de Laura, quien se animó al ver los esfuerzos de su hija para tener una casa limpia y —dentro de lo posible— algo más alegre.

Cuando entraron las dos niñas, Juan Villanueva estaba sentado en un viejo sillón de mimbre, con la cabeza apoyada en un cojín. Se incorporó al verlas e hizo un esfuerzo para saludarlas. Pareció contento al oír la exclamación de alegría de Isabel al ver todos estos cambios y mejoras. Los ojos de Laura brillaban de felicidad. El paquete fue desenvuelto y las cortinas fueron admiradas por

todos; luego las pusieron en la ventana. Ahora sí que era otra cosa. Juan Villanueva se levantó y quiso poner los clavos; pero un terrible acceso de tos le obligó a sentarse de nuevo. A Isabel se le oprimió el corazón viendo cómo este pequeño esfuerzo le había agotado.

Capítulo 6

Pasaron algunas semanas y, lejos de mejorar, el estado del enfermo empeoraba cada día. Un domingo, antes de empezar la clase de la señorita Vázquez, Laura entró toda llorosa.

–Chica, ¿qué te pasa? –le preguntaron varios niños, rodeándola con interés y cariño.

–¡Ay! mi papá está muy enfermo. El médico dijo que, de no irse inmediatamente a vivir a la Sierra, no durará mucho tiempo.

–¿Y tiene que estar todo el día en la cama? –inquirió Isabel con simpatía.

–No; está sentado en su viejo sillón; pero casi no come, adelgaza y tose muchísimo.

–Sin embargo, puede mejorar, ¿no crees? Yo conozco a varios enfermos que sanaron.

Laura se quedó silenciosa, con una mirada triste y algo incrédula.

–¿Has orado por él? –inquirió Daniel–. Todos debemos orar para que el Señor lo sane.

–Sí, esto haremos –prometieron todos. Y como el reloj marcaba las cuatro, empezaron la clase.

A la salida, después de que Isabel y Antonia se fueron acompañando a Laura, se formó un grupo de chicos y chicas que hablaban animadamente. Parecía una peña de conspiradores:

–¿Qué os parece mi idea? –preguntó Felipe.

–¡Formidable! –exclamaron varias voces a la vez.

–Mirad lo que tendríamos que hacer... entre los que estamos aquí tal vez sea posible; dicen que la unión hace la fuerza. Ana se pondrá en contacto con los de la clase del señor Martín. Allí está su primo Pepe. Ella le explicará el asunto y estoy seguro de que todos nos ayudarán.

–Ahora, veamos lo que podemos hacer –sugirió Daniel:

1. Vaciar las alcancías.
2. Recoger por las casas todos los periódicos viejos y venderlos.
3. Reunir los muebles y trastos viejos que nos den (las antigüedades se venden muy caras) y venderlos en el baratillo del mercado viejo.

–¿Quién tiene más ideas?

–Yo podría hacer recados para el tendero, por la tarde –apuntó Emilio–, y entre lo que me dé y las propinas...

–¡Muy bien, chico! –dijo Daniel–. Y las chicas ¿no se os ocurre algo?

–Mi padre tiene muchas flores en el jardín –dijo Aurelia–; las que me dé, intentaré venderlas a la entrada del mercado de abastos.

–¿Qué os parece?

–¡Estupendo!

–Nosotras podríamos coser muñecos de trapo, con trajes típicos. A los turistas les gustan mucho; a ver si nos los compran.

–¡Magnífico! –agregó Daniel.

–¿Quién será el tesorero?

La reunión se prolongó así por más de media hora, al final de la cual todos salieron con caras alegres y llenos de entusiasmo.

Cuando, de vuelta a casa, Isabel contó a su madre lo que sucedía con la familia de Laura, la señora de Robles le dijo:

–¿Sabes qué? Mañana irás y llevarás para el enfermo alimento ligero y nutritivo, porque me figuro que su esposa, con el trabajo que tiene y con tan pocos recursos, no podrá prepararle platos especiales. Luego, veremos cómo mandarle al doctor López, especialista eminente. Y por lo demás...

La madre de Isabel no terminó la frase y se quedó pensativa.

–¿Puedo ir con Antonia?

–Si ella está dispuesta a acompañarte, por supuesto.

–Al día siguiente, muy alegres de ser útiles en algo, las dos amigas se encaminaron hacia el pasaje del Molino. Para no tener que decir un «no» rotundo, Elena argumentó que no podía acompañarlas a causa de sus deberes escolares.

Cuando llegaron, solo encontraron a Juan Villanueva; Laura estaba en la farmacia con Regina y Sara. Antonia e Isabel vencieron su timidez y dijeron al enfermo:

–Mire usted lo que le hemos traído; estamos seguras de que le gustará.

Y mientras el enfermo contemplaba, casi con apetito, ese platillo tan sabroso, Antonia le acercó la mesa sobre la cual extendió un mantel limpio de cuadros blancos y amarillos.

–Ande, señor Villanueva, coma esto que han preparado especialmente para usted –le suplicó Antonia.

–Sí –añadió Isabel–, lo hizo mi mamá con mucho esmero.

Para no desairar a las chicas, el enfermo empezó a probar algo cuando un terrible acceso de tos le impidió continuar.

–Ah, esta tos... esta tos... si pudiera quitármela de encima –gimió el pobre enfermo.

Isabel lo miró con simpatía y le dijo cariñosamente:

–Usted no la tendrá más cuando esté en el cielo; allí “ya no habrá... llanto, ni clamor, ni dolor”.

El enfermo pareció sorprendido por esta observación y permaneció silencioso largo rato. Luego murmuró:

–¿En el cielo? Ah, hija mía, todo el mundo no puede ir al cielo.

–Oh sí, todos pueden ir: pequeños, grandes, blancos, negros, ricos y pobres –aseguró la niña.

–¿Y de dónde sabes eso?

Isabel esperó unos instantes mientras él terminaba otro acceso de tos, luego contestó:

–Está escrito en la Biblia:

“ El que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente.
Apocalipsis 22:17

También sé otro pasaje en donde Cristo dice:

“

Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.

Mateo 11:28

¿No es una maravillosa invitación? Nuestra maestra dice que el Señor Jesús quiere que todos vayamos a Él. Por eso dijo Cristo: “Al que a mí viene, no le echo fuera”. ¡No sabe usted cuán bueno es el Señor! Quien desea ir al cielo puede hacerlo, pues la puerta aún está abierta. Lo dice la Biblia, y ella es la Palabra de Dios.

–¡Ay! ¿Y qué sabes tú de eso? –repuso el enfermo dudoso. Pero luego, tras meditarlo, añadió–: A lo mejor ese libro dice verdad, porque, eso sí ha cambiado por completo a mi pequeña Laura. Ya no está como antes, triste y amargada por su desgracia; es como un rayo de sol que entró en esta casa tan sombría.

–Y también puede ser como un rayo de sol en su corazón –le dijo Antonia.

El enfermo sorprendido reconoció:

–Sí, a lo mejor; pero... –No quiso terminar su frase, pero pensó para sí: «Soy un pecador, he quebrantado tantas veces los mandamientos».

Desde hacía algún tiempo, viendo que sus fuerzas iban declinando día tras día, Juan Villanueva se inquietaba. El pensamiento de la muerte y de la eternidad lo turbaba terriblemente. Al principio, no quiso reconocerlo; pero ahora se daba cuenta de que, en realidad, no se había preocupado nunca por el estado de su alma. El pecado endurece, y la conciencia que uno manda callar continuamente acaba por enmudecer. Ahora, le parecía como si empezara a despertar de un largo sueño de indiferencia mortal. Se sentía tan pecador, tan ignorante, tan incapaz de hacer el menor bien, que a veces estaba casi desesperado.

Era evidente que Juan Villanueva no podía descubrir el estado de su alma a esas niñas; pero Dios se valió de ellas para despertarle a la realidad. Terminada la sabrosa comida, las dos amigas se marcharon, pero sus palabras seguían hallando eco en el corazón del atribulado hombre.

Al día siguiente Isabel volvió con su madre. Esta era una mujer sensata y muy amable; había tenido a su marido enfermo durante mucho tiempo y, por lo tanto, tenía bastante experiencia en estas cosas. Habló afectuosamente con Juan Villanueva; le recomendó al excelente médico, el doctor López, y le dijo que este vendría a visitarle. Además, aprovechó para hablarle de otro

Médico, quien no solo podía curar su cuerpo, sino sanarle espiritualmente y limpiarle de todo pecado. Hablaron largo rato; luego, cuando la señora de Robles se despidió, Juan Villanueva le suplicó que dejara un poco más a Isabel para que con Laura le leyesen unos pasajes de la Palabra de Dios.

Así lo hicieron con alegría y experimentaron cuán dulce es hablar de Jesús a un alma que le busca.

—¿Quiere que le leamos un Salmo muy hermoso? —preguntó Isabel—; escuche este:

“ Bendice, alma mía, al Señor, y bendiga todo mi ser su santo nombre. Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias...

Salmo 103:1-3

El enfermo escuchaba con creciente atención y las palabras que oía iban penetrando en lo más hondo de su alma.

“Misericordioso y clemente es el Señor; lento para la ira, y grande en misericordia... no ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados. Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen...”. La semilla iba cayendo en buena tierra.

Al día siguiente, qué sorpresa se llevó Juan Villanueva al ver llegar al doctor López. El gran especialista lo examinó detenidamente, luego le recetó unas medicinas nuevas y añadió:

—Siga este tratamiento durante quince días; luego, si se siente bastante fuerte, venga a mi consultorio. Aquí tiene la dirección. ¡Ah! y de ser posible, le convendría pasar una temporada fuera, en un clima de altitud. ¡Hasta pronto, señor Villanueva!

El enfermo no paraba de agradecerle, y el médico se despidió con una sonrisa.

Pasaron los quince días y, entre los cuidados de unos y las nuevas medicinas de otros, Juan Villanueva experimentó cierta mejoría que se fue afianzando lentamente. Su tos desaparecía poco a poco y él iba recobrando las fuerzas.

–Madre –exclamó Isabel–, vi al padre de Laura bastante mejorado. El médico dice que si se cuida, podría sanarse completamente... ¡Cuánto me alegro!

La señora de Robles compartía la alegría de su hija.

–Aún no es todo, mamá; escucha esto: ¡el padre de Laura está aprendiendo a leer! De pequeño no pudo ir a la escuela y más tarde tuvo que trabajar. ¡Pero si vieras cómo se esfuerza para descifrar algunas palabras del Nuevo Testamento! Laura le ayuda en lo que puede y hay un vecino, un maestro de escuela retirado, que pasa de vez en cuando para ver cómo adelanta. Sí que es raro ver a un hombre mayor deletrear, ¿verdad? Además, Laura dice que es mucho más amable y cariñoso que antes y que ya no dice palabras feas.

–Ya ves, nunca hay que cansarse de hacer el bien –repuso la señora de Robles.

Capítulo 7

Aquella semana trajo gratas sorpresas para Juan Villanueva. Primero, recibió una carta de la casa de reposo, situada en la Sierra de Valdelaguna, anunciándole que, debido a las diligencias del doctor López, le otorgaban una estancia gratuita durante un mes. El enfermo, profundamente conmovido, se alegró mucho; pero pensaba: «¿Y cómo hallaré el dinero para trasladarme y para comprar el mínimo de ropa que necesito?».

Por la tarde del mismo día, cuando aún seguía meditando en ese problema, llamaron a la puerta. Laura abrió y se quedó sorprendida:

–¡Hola, Felipe y Daniel! ¿Qué os trae por aquí?

–¡Hola! ¿Se puede?

–¡Claro que sí! ¿qué queréis?

–Ver a tu padre.

Fueron presentados ante el enfermo; pero, tras saludarle y preguntar por su salud, se quedaron sin añadir palabra alguna. Después de un largo silencio el más joven se atrevió a decir:

–¡Habla tú, Felipe!

–No, mejor que lo hagas tú...

Juan Villanueva los miraba con una sonrisa entre divertida e interrogativa.

–Mire, somos compañeros de la escuela dominical de Laura y nos enteramos de que usted estaba muy malo.

–Sí, y hemos orado mucho por usted –interrumpió Daniel.

–Se los agradezco mucho.

–Pensamos que seguramente usted estaría mejor en la Sierra –continuó Felipe–, respirando el aire puro de los pinos, y... le hemos traído esto.

Esto era un grueso sobre blanco escrito con letra infantil: «Para el señor Villanueva».

–Pero... –quiso objetar el enfermo–, muchachos, yo...

Pero no le dieron la ocasión de seguir, ni de darles las gracias, y se despidieron rápidamente. Laura los acompañó hasta la puerta, mientras Juan Villanueva daba vueltas al sobre sin atreverse a abrirlo. Por fin lo hizo. Contenía unos billetes grandes, muchos pequeños y bastantes monedas; lo suficiente para pasar otro mes en la Sierra y pagarse el viaje de ida y vuelta. Era el dinero que, entre todos los chicos, con mucho esfuerzo habían logrado reunir.

Tres días más tarde, don Juan salió para Valdelaguna, en busca de una curación definitiva y con el alma impresionada por la bondad del Dios que tanto tiempo había ignorado. Entre la ropa de su maletín, llevaba un Nuevo Testamento de letra grande, el cual leía a diario.

Pasaron los días y las semanas; pronto llegó el verano y con él las ansiadas vacaciones. A causa del calor y sobre todo debido a que muchos se marchaban al campo, a la montaña o al mar, se suspendió la escuela dominical, desde fines de junio hasta los primeros días de septiembre.

Aunque en toda despedida hay algo de tristeza, la última clase resultó muy interesante y animada. Leyeron la historia de Naamán, general del ejército de Siria. Era todo un personaje: rico, poderoso, valiente, temido por sus enemigos y respetado por todos. Pero tenía una enfermedad incurable: era leproso. La señorita Vázquez habló a los niños de ese terrible mal, la lepra –figura del pecado– y les relató cómo, por el claro testimonio de una muchacha del pueblo de Dios, Naamán halló una curación milagrosa. Antes, quiso curarse con medios equivocados, buscando las recomendaciones de quienes no podían salvarle. Pero cuando creyó la palabra de Eliseo, varón de Dios, y obedeció sumergiéndose siete veces en el río Jordán, “su carne se volvió como la carne de un niño, y quedó limpio” (2 Reyes 5:1-14). Así, cuando uno obedece la Palabra de Dios y acude arrepentido al Señor, la sangre de Cristo lo limpia de todo pecado.

–¿Veis lo que puede hacer un niño o una niña? –concluyó la maestra–. Recordad a aquel muchacho que trajo a Jesús cinco panes y dos peces para que alimentara a la multitud, así como el limpio testimonio de José y del profeta Daniel desde que eran jóvenes. Vosotros no sois capaces de enseñar, pero podéis llevar a la gente a los pies del único Maestro.

–¡Ah! eso es lo que hizo Isabel conmigo –pensó Laura–, y ¡cuán bueno fue!

–Tal vez no podréis explicar muchas cosas, pero podéis convidar a las almas sedientas para que vengan a oír las Buenas Nuevas de salvación.

Después de un último coro y de la oración todos se despidieron de la señorita Vázquez, a quien entregaron un pequeño obsequio en señal de afecto y gratitud.

–¡Lástima que eso termina! –dijo Emilio.

–Sí, pero... ¡vamos a tener vacaciones!

–¿A dónde vas tú, Felipe?

–A Quintanilla, un pueblo de la Sierra donde hay mucha agua y truchas.

–¿Y tú, Daniel?

–Pues... a Quintanilla también.

–¡Claro! ¡si sois inseparables!

Y así, todos se separaron. Ana y Antonia se iban al mar, como cada año. Emilio pasaría un mes en el campo, en casa de sus abuelos, mientras que Sofía y Amelia marchaban con sus padres a las playas de Levante.

También había quienes se quedaban en casa, como por ejemplo Pedro; debía ayudar a sus padres en la tienda de comestibles; Laura tenía que cuidar a Regina y a Sara. En cuanto a Elena e Isabel, tal vez pasarían un mes en casa del abuelo Pedro, quien las había invitado expresamente.

¿Y Juan Villanueva? ¿Qué había sido de él? Huelga decir que al cabo de seis semanas en Valdela-guna había experimentado una notable mejoría. Había engordado bastante, tenía buenos colores y la mirada más alegre. Así pudieron comprobarlo el abuelo Pedro e Isabel cuando fueron a visitarlo (Elena prefirió quedarse con su abuela).

Pero don Juan no solo había mejorado físicamente, sino que también había cambiado interiormente. La paciente lectura de la Palabra de Dios, meditada diariamente frente a las maravillas de la naturaleza, había producido su fruto: el señor Villanueva era otro hombre; había confesado sus pecados al Señor Jesús y creía en su obra.

–Mire, don Pedro –le decía a la visita–, al leer el evangelio según Juan por tercera vez fue cuando vi la luz. Antes de venir a Valdelaguna, ya estaba convencido de ser pecador y merecedor del justo juicio de Dios. ¡Ah, cuántas veces habré ofendido al Señor santo! Pero, si bien es cierto que el peso de mis pecados me abrumaba, tampoco encontraba alivio; no tenía paz, ni sosiego. Hasta que mis ojos se fijaron en este pasaje:

“ De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida
(Juan 5:24).

Miré al Señor crucificado por mis pecados, clavado por mis rebeliones, y hallé la paz. ¡Sea su nombre bendito para siempre!

Como todas las cosas, el verano acabó. La vida volvió a su rutina habitual y el otoño se presentó lluvioso y desapacible.

Ya había vuelto a empezar la escuela dominical cuando una tarde Laura se extrañó mucho de no ver a Isabel, ni a Elena. Las hermanas Robles nunca faltaban; aunque lloviera o hiciera mucho frío, se las veía llegar riéndose debajo de un gran paraguas negro, o con abrigo y bufanda de lana y la nariz colorada como un pimiento. Siempre llegaban; mientras que esta vez...

—Oye, Ana, ¿sabes qué ha pasado a Isabel y Elena? —inquirió Laura.

—Me parece que están en cama con la famosa gripe.

Efectivamente, la peligrosa gripe asiática había atacado a las dos hermanas; se extendía por toda la ciudad, y ya había dejado numerosas víctimas.

El estado de Isabel preocupaba mucho a su madre. Se sentía agotada; además de su trabajo de costura, debía atender día y noche a las enfermas. Angustiada, la señora de Robles se preguntaba si podría aguantarlo mucho tiempo aún. De nada le valía pedir ayuda a las vecinas, porque unas tenían a sus propios hijos enfermos, otras no querían hacerlo por temor al contagio. Y como si fuera poco, sentía en su cansado cuerpo los primeros síntomas de la terrible gripe. ¿Qué hacer? Entonces se acordó de aquel pasaje bíblico:

“ Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias
(Filipenses 4:6).

Lo que no pudo pedir a los hombres, estuvo suplicándolo a Dios en oración.

Ignorando todo eso y muy afectada por la enfermedad de su amiga, Laura no descansó hasta que su madre la acompañó a casa de Isabel. Llamaron, pero nadie abrió. ¿Qué habría sucedido? Con las dos niñas postradas en cama, no podían haber salido. Volvieron a llamar. Laura estaba inquieta. Finalmente, la puerta se abrió y la señora de Robles las hizo pasar.

Enterada de la situación, la mamá de Laura –deseosa de devolver cualquier favor a esa familia que les había hecho tanto bien –se ofreció para velar a las enfermas por la noche, mientras que Laura pasaría el día con ellas para darles las medicinas y ayudar en los trabajos caseros. Como ella ya había pasado la gripe, no había ningún temor de contagio.

Al principio, la señora de Robles no quiso aceptarlo. Pero luego, pensándolo mejor, vio en esa oferta desinteresada la respuesta a sus oraciones.

–Pero, ¿no está usted agotada por su trabajo diario?

–¡De ningún modo, señora! Gracias a Dios, he encontrado un puesto en un almacén, y ahora, me canso menos y gano algo más –contestó la madre de Laura–. Juan, quien volvió curado de la Sierra, si bien no puede trabajar en la construcción aún, se ocupa en casa, haciendo muñecos de trapo. Se venden bastante bien. ¡Ah! Es un hombre nuevo; no sabe usted cuán agradecida le estoy.

Laura, muy agradecida también, cumplió perfectamente su papel de enfermera. Cuando cuidaba de las dos enfermas, era tan dulce y amable que Elena, presa de remordimientos, se volvía a menudo intranquila e irritable. Pero aquella niña lisiada, a quien había humillado y despreciado tantas veces acabó ganándola con tanta bondad. Hasta que un día, ya mejoradas ambas hermanas, Elena, tras un duro combate consigo misma, le pidió perdón.

–Anda, eso no tiene importancia –le contestó Laura–, ¿no dice la Biblia que debemos perdonarnos, así como Cristo perdonó todos nuestros pecados?

Elena e Isabel tuvieron que convalecer durante cierto tiempo; sin embargo, la enfermedad había producido fruto en el alma de la mayor.

–Oye, Isabel.

–¿Qué?

–¿Sabes que solamente ahora he comprendido esa pregunta?

–¿Cuál?

–Pues... la que el intérprete de la Ley hizo a Jesús:

¿Y quién es mi prójimo?

“